REUTER

En el aeropuerto de Dakar son los mauritanos los que huyen de Senegal.

que se ha preocupado de dar estudios a sus esclavos no dudó en ofrecerme como regalo un precioso bebé que me tenía encandilado", relata un habitual visitante europeo en este país.

Este fenómeno ha introducido una nueva clave en la estructura social mauritana, la de los harratines, también conocidos como moros negros. Estos esclavos libertos tienen la piel color de ébano de sus compatriotas del valle, pero por sus venas corre sangre de sus antiguos amos, que en algunos casos eligieron a sus madres como compañeras; pero ni los moros blancos, ni los negros africanos les reconocen como su propia gente.

Nuevos conversos

Los esclavos que lograron su rescate convirtiéndose al islam y pagando a su patrón hace tiempo ocupan ahora puestos en la Admnistración, pero la mayoría viven en las cabañas de madera de los barrios más populares de Nuakchot y se han convertido en los más fanáticos garantes de la ortodoxia y la tradición. Son ellos, según las denuncias de las víctimas, los autores materiales de las palizas que se desencadenaron en Mauritania contra los senegaleses. El resultado de estas acciones en cadena han sido decenas de muertes y el éxodo a un lado y otro del río de decenas de miles de personas. "¿Y todo esto por una escaramuza fronteriza absurda?". Sidi Haiba, consejero de la Presidencia mauritana, sacude la cabeza consternado e incrédulo. "Se ha probado que esta vez los dos bandos que protagonizaron esta escaramuza eran miembros de tribus", afirma dando una versión que observadores diplomáticos occidentales en Nuakchot han avalado.

Su tesis es que la oposición senegalesa ha aprovechado una situación tensa para manipular el episodio en el valle y darle las connotaciones del enfrentamiento racial árabe africano; una maniobra para situar en una incómoda posición al presidente senegalés, Abu Diuf, con el apoyo de sus aliados, los opositores mauritanos en el exilio. A su vez, el dirigente senegalés ha caído, según esta tesis, en la trampa de hacer frente a las acusaciones de débil con unas declaraciones incendiarias contra Mauritania que han terminado de enturbiar la situación. "Las circunstancias económicas y sociales han creado en Mauritania una situación muy compleja. Los hechos han demostrado que una chispa es suficiente para encender un inmenso fuego; crear una espiral de tensión por oportunismo político es la mayor vergüenza que puede recaer sobre quienes en lugar de mirar a los intereses de sus pueblos sólo se preocupan de los propios", condena Sidi Haiba al concluir: "Y sobre todo una enorme incongruencia, porque los gobernantes pasan, pero los pueblos quedan".

Senegal teme al desierto

JAVIER VALENZUELA, **Dakar**

Senegal es el límite noroccidental del África negra con el mundo blanco. Durante mucho tiempo, Senegal ha sido coto de caza de carne humana. Si los europeos venían en barco, los beduinos del Sáhara lo hacían en camellos. Los guerreros *moros* surgían del desierto como un escuadrón de langostas, bajaban a las orillas del río Senegal y capturaban a los campesinos negros. Las pacíficas tribus senegalesas eran incapaces de oponer una sólida resistencia a las incursiones de aquellos beréberes arabizados, los almorávides de la historia española.

Dakar es un inmenso arrabal al borde del Atlántico. La mayor parte del año disfruta de un clima cálido y benigno, y el calor y la humedad sólo son verdaderamente insoportables un par de meses en verano. En Dakar se siente la presencia amenazadora del desierto del Norte. El polvo y la pobre vegetación de la ciudad recuerdan que Senegal es un país de transición entre el Sáhara y las verduras africanas, una tierra amarga, salvo en las orillas de los ríos. Senegal es, definitivamente, un país pobre. Sus riquezas naturales consisten en bastante cacao, algunas minas de fosfatos y unas aguas territoriales cuajadas de pesca, donde, entre otros, faenan habitualmente una treintena de buques españoles.

A una semana del final del Ramadán del año 1409 de la hégira, Dakar se volvió loco. Todo empezó cuando llegaron los senegaleses huidos de Mauritania. Desde el campo militar de Uakam, donde iban siendo internados los repatriados, y el hospital Gran Yof, destino de los heridos, comenzaron a circular relatos de atroces carnicerías. Los *moros* de Nuakchot habían asesinado por el hierro y el fuego a decenas y decenas, cientos y cientos de senegaleses. A algunas mujeres les habían cortado los pechos; algunos hombres habían perdido los genitales. Era el regreso de los peores aspectos de la imagen tradicional del más o menos blanco beduino del Sáhara entre los negros senegaleses. En los barrios más miserables de Dakar —es decir, casi todos—, la gente comenzó a arremolinarse.

Musulmanes

El 90% de los siete millones de senegaleses es musulmán. El suyo es un islam de cofradías marabúticas, más propicio a escuchar a los santos que a los profetas armados; un islam tolerante que no ve inconveniente en que el cristiano no respete en público el ayuno y la abstinencia del Ramadán.

Aparte de la historia de la esclavitud, el islam es lo único que los senegaleses tienen en común con Mauritania, el moderno Estado de los beduinos del Sáhara. Podría haber sido un motivo suficiente para detener o reducir las matanzas de Nuakchot y Dakar, pero esta vez las diferencias de raza y lengua se impusieron incluso al carácter sagrado del mes de la cuaresma musulmana. Cuando conocieron lo ocurrido a los senegaleses de Mauritania, los *moros* de Dakar se convirtieron en el objetivo de grupos desencadenados de jóvenes negros.

Senegal es una de las pocas democracias de África. El presidente Abdu Diuf tiene una oposición que le ataca públicamente, sin que la sangre suela llegar al río. Hay partidos políticos, aunque su fuerza real sea menor que la de las cofradías religiosas musulmanas de los *muridas* o los *tidyanes*, y la Prensa nacional o extranjera puede expresarse con una libertad admirable para el continente. Los senegaleses se sienten orgullosos de ello, y suelen subrayar que Mauritania se rige, en cambio, por un Gobierno militar.

Abdu Diuf, presidente de Senegal.

Para el senegalés, los *moros* constituyen un pueblo de pastores y guerreros digno de ser temido. En los mercados populares de Dakar había, sin embargo, muchos mauritanos que no eran pastores o soldados, sino comerciantes instalados allí desde hacía tres o cuatro décadas. Los *moros* controlaban el 80% del comercio minorista en la capital de Senegal; llevaban la misma vida modesta que sus vecinos o aún más.

Como hogar les bastaba un rincón con una alfombra y una tetera. Esos tenderos eran toda una institución social, casi una obra de caridad. Vendían con márgenes de beneficios ridículos una amplia gama de humildes productos manufacturados. Los vendían al detalle: por ejemplo, un vaso de petróleo para la lámpara, cuatro terrones de azúcar, una tacita de arroz, dos cigarrillos y 10 cerillas. Fiaban a sus clientes, anotaban en libretas las deudas y esperaban a que la gente fuera pagando como buenamente pudiera. No había calle de Dakar sin su *moro* de la esquina.

Esos comerciantes terminaron pagando las presuntas culpas de sus hermanos del norte del río Senegal. Fueran blancos o negros *haratin* —antiguos esclavos que han adoptado la lengua y costumbres árabes—, los *moros* de Dakar, unos 30.000, vieron cómo súbitamente el mundo se les caía encima. Sus locales fueron asaltados, desvalijados y ocupados finalmente por negros senegaleses. Varias decenas de ellos fueron literalmente degollados en medio de los gritos de alegría de adolescentes negros, pobres entre los pobres. Cerca de 20.000 consiguieron refugiarse en la gran mezquita, donde fueron cercados por las turbas.

La policía y el Ejército senegaleses tardaron en reaccionar. En parte porque en total ambos cuerpos no cuentan más que con 15.000 hombres no demasiado bien equipados. También porque policías y soldados estaban tácitamente de acuerdo con el espíritu de venganza de sus compatriotas. Pero, en fin, cuando se decidieron a tirar unas cuantas granadas lacrimógenas restablecieron de inmediato el orden.

Refugiados

Desde el viernes hasta el miércoles pasados, aviones civiles y militares de Francia, Marruecos, Argelia y España establecieron un permanente puente aéreo entre Nuakchot y Dakar. Traían y llevaban sin descanso hombres, mujeres y niños mauritanos y senegaleses, cada cual a su país de origen. Los *moros* expulsados de Dakar estaban concentrados en el más grande pabellón de la feria internacional. Allí apestaba a orines, dolor y miseria. Los expulsados formaban largas colas de gentes acuclilladas, a la espera de los camiones que debían llevarles al aeropuerto, y de ahí, a Nuakchot.

Salvo por sus túnicas, estaban desnudos como el día de su nacimiento. Los soldados senegaleses les habían incautado maletas, ropas, relojes, cadenas, fotos familiares, radiocasetes, avíos de fumar y documentos, porque, decían, los mauritanos hacían lo mismo en Dakar con los fugitivos senegaleses. Todos aquellos objetos formaban montañas en el pabellón, a cuya vera los uniformados se repartían kilos de billetes quitados a los tenderos.

El pasado miércoles, las banderas ondeaban a media asta en los mástiles de Dakar y de las mezquitas se levantaban plegarias por las víctimas propias de los enfrentamientos con los mauritanos. Los barrios populares de la capital senegalesa comenzaban a estar desabastecidos de productos básicos y mucha gente lamentaba el triste destino de los comerciantes *moros*.

Se había roto un eslabón clave de la cadena de distribución y parecía difícil que los nuevos amos de las tiendas supieran igualar la austeridad y eficacia de los expulsados. En Dakar había sido decretado el estado de excepción y el toque de queda, pero la ciudad no daba, ni mucho menos, el aspecto de estar ocupada militarmente. Los pocos soldados y carros de combate desplegados se perdían en la vorágine de los *bubus* y las repintadas furgonetas de transporte colectivo.

La policía y el Ejército senegaleses tardaron en reaccionar... En parte porque policías y soldados estaban tácitamente de acuerdo con el espíritu de venganza de sus compatriotas